

Peter Knauer SJ

## El Espíritu Santo

### EL NOSOTROS de Dios para y en NOSOTROS

El mensaje cristiano dice que es “la palabra de Dios”. Entonces hay que preguntarse primero: ¿De quién se habla? Sobre todo porque los cristianos mismos siempre afirman al mismo tiempo que Dios es “incomprensible”. No cae bajo “conceptos”.

#### ***Dios es “sin quien no hay nada”***

El credo comienza con las palabras: “Creo en Dios, el Padre, el Todopoderoso, el Creador del cielo y de la tierra”. ¿Significa esto que “creo que Dios es el creador del cielo y de la tierra”? Si así fuera, ya sabríamos de antemano quién es Dios y sólo adicionalmente diríamos que es el Creador del cielo y de la tierra. En realidad, el “Creador del cielo y de la tierra” es la “definición” de Dios para la razón: todo lo que existe en nuestro universo y es objeto de nuestra experiencia es la razón para hablar de Dios. No sabemos primero quién es Dios y luego pretendemos ser creados por él. Es al revés. Sólo comprendemos de Dios lo que es distinto de él y que se refiere a él. Él es “sin quien no hay nada”. “Quién” aquí es pronombre relativo y no interrogativo, pues el autor de una palabra no puede ser *algo*, sino sólo *alguien*. ¿Qué significa “ser creado de la nada”? Por ello también se puede decir positivamente: ser-creado total- y integralmente. El ser del mundo y su ser creado son una misma cosa. Si pudiéramos eliminar nuestro ser creado (cosa que no podemos), no quedaría nada de nosotros. Por “ser creado de la nada” se puede entonces decir también “ser completamente relación a .../ en distinción de ...”. El punto de llegada de esta relación lo llamamos “Dios”. El mundo es en cada momento lo que no sería sin Dios. “Ser creado de la nada” no se limita a la primera aparición de algo, sino que se aplica a todos los momentos de la existencia. Incluso el llamado azar o la evolución se crean de la nada. Abarca todas las formas concebibles en que el mundo llegó a existir y existe en todos sus estados. El universo y todo lo que hay en él sólo puede describirse de forma coherente y sin contradicciones lógicas si el ser creado está lógicamente implicado en esta descripción. Esto no significa que se pueda “utilizar” a Dios para explicar el mundo. El mundo no se explica por Dios, sino por su ser creado, es

decir, por su referencia a Dios. Este carácter indicativo no es en sí mismo Dios. Todo el ser del mundo es un no-poder-existir sin Dios. En todo aquello en lo que el mundo o sus partes difieren de la nada, son en su realidad entera tales que no serían sin Dios.

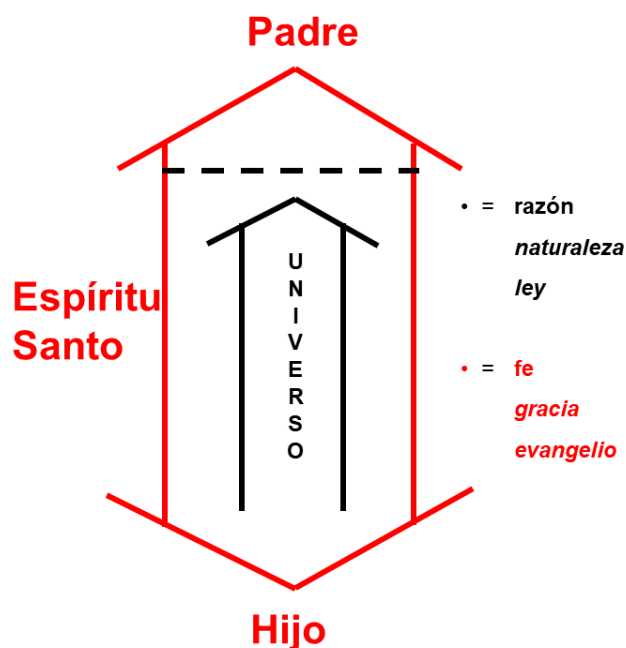


Anselmo de Canterbury (c. 1033-1109) lo expresa en dos afirmaciones 1) “Dios es más grande que todo lo que se puede pensar”. Así, Él no puede ser pensado en sí mismo. 2) “Nada más grande que Dios puede ser pensado”. Esta última afirmación es sólo una afirmación sobre el mundo en su carácter indicativo hacia Dios: Dios más el mundo no son más que Dios. Una ilustración de esto: la luz de una vela reflejada en las paredes de un cuarto espejado por todos lados no es en absoluto una luz adicional a la de la vela.

Paradójicamente, esta comprensión de Dios constituye la mayor objeción imaginable contra el hablar de una “Palabra de Dios“. Este Dios “habita en la luz inaccesible“ (1 Tim. 6:16). Ser creado es una relación real unilateral del mundo hacia Dios. ¿Cómo puede entonces hablarse de comunión con Dios (pues de eso trata el mensaje cristiano)?

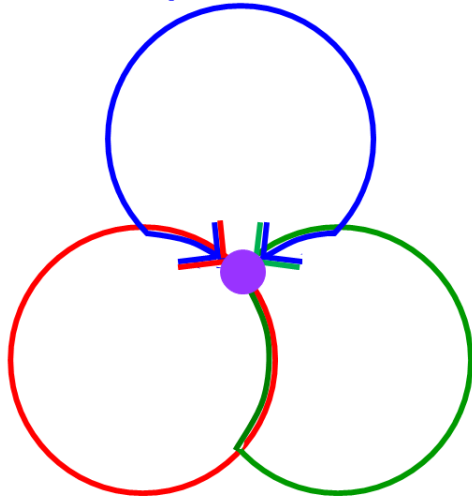
### La Trinidad

El mensaje cristiano proclama que el mundo ha sido creado desde el principio al interior del amor eterno entre el Padre y el Hijo, que es el Espíritu Santo. Hablamos de tres personas del único Dios, para poder proclamar la comunión con Dios (que es lo a que aspiran todas las verdaderas religiones), por fin definitivamente y universalmente inteligible.



Por “persona” el mensaje cristiano entiende la autopresencia de una realidad espiritual (= cognoscente y con voluntad), por tanto, algo así como una relación de retorno perfectamente circular de esta realidad consigo misma. Esto se puede ilustrar con la siguiente imagen:

El “Nosotros” de Dios:  
Espíritu Santo



El “Yo” de Dios: Padre      El “Tú” de Dios: Hijo

El Padre no tiene origen, el Hijo tiene su origen en el Padre, y el Espíritu Santo tiene su origen 1) en el Padre, 2) en el Padre a través del Hijo, 3) por tanto en el Padre y en el Hijo. 4) El Hijo lo tiene del Padre sólo ser él co-origen del Espíritu Santo. 5) Por tanto, el Padre es el único origen último del Espíritu Santo. Esto es lo que las Iglesias orientales subrayan tanto; pero no es en absoluto contrario al hecho de que el Espíritu Santo “procede del Padre y del Hijo”, sino que lo funda.

Porque hemos sido creados desde el primer momento de nuestra existencia ya al interior de este amor eterno entre el Padre y el Hijo, tenemos acceso al Padre

desde su Hijo y en el Espíritu Santo. Dios oye y escucha la voz de su Hijo en nuestras oraciones, y nosotros le amamos con el mismo amor con el que él nos ha amado: “Gritamos ‘¡Abba, Padre!’ en el Espíritu Santo” (Rom 8,15), y el Espíritu Santo “grita en nosotros ‘¡Abba’ Padre!’”. (Gálatas 4:8). La fe es estar lleno del Espíritu Santo. Porque en serio, “nadie puede decir ‘Señor es Jesús’ si no es en el Espíritu Santo” (1 Cor 12,3).

Si esto nos puede parecer demasiado elevado, que consideremos: “Lo que ningún ojo ha visto, ni oído ha oído, ni ha entrado en el corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman.. ” (1 Cor 2,9): esto es lo que Dios nos da precisamente con y en nuestro amor por él, es decir, su propia presencia en este amor. ¿Qué significa amar a Dios “con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (Marcos 12:33)? Significa estar en la fe como esa confianza en él que nos libera de cualquier forma de idolatría del mundo o de desesperación del mundo y así de estar sujetos al poder del miedo por nosotros mismos. En esto consiste también nuestra redención de una situación todavía sin fe (“pecado original”). Porque la fe no es ya innata.

### **Los dogmas básicos de la Iglesia**

Según Gálatas 4:4, Dios *envió* a su Hijo (es decir, para que nos anunciara por una palabra humana cómo en verdad tenemos comunión con Dios). Y en el mismo pasaje Pablo dice (Gálatas 4:6): Dios ha *enviado* el Espíritu Santo a nuestros corazones. Éste es quien nos une a Cristo, al Padre y también entre los individuos humanos. Y como en el caso del Hijo se habla de su “encarnación“, acerca del Espíritu Santo se podría hablar de su *eclesificación* (cf. Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia, n. 8,1). La Iglesia es el acontecimiento continuo de la transmisión de la Palabra de Dios. La Iglesia es “santa” sólo en la medida en que transmite esta Palabra llena del Espíritu Santo.

Hay tres fórmulas dogmáticas básicas:

1. Dios es *tres personas en una sola naturaleza* (del único ser-Dios)
2. Jesucristo es *una persona en dos naturalezas* (La divinidad y la humanidad, ambas sin mezcla ni separación, es decir distintas entre sí, y sin embargo conectadas entre sí por la relación de su persona divina (la segunda autopresencia)).
3. El Espíritu Santo es *una persona en muchas personas*. Como amor infinito entre el Padre y el Hijo, y como su Nosotros común, une también a los seres humanos con el Padre y el Hijo y entre sí (cf. Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia, n. 7,6).

A partir de esta tercera fórmula dogmática básica, se hacen comprensibles las imágenes de la Iglesia: 1) La Iglesia es el “*Cuerpo de Cristo*” porque el Espíritu Santo es *uno* en los muchos. Es como el alma de este cuerpo. 2) La Iglesia se llama “*Pueblo de Dios*” porque el Espíritu Santo es uno y el mismo en los muchos, cada uno conservando su propia responsabilidad y no siendo sólo como engranajes de un todo mayor. 3) Y por último, la Iglesia se llama “*Esposa de Cristo*” porque el Espíritu Santo es *diferentemente* en Cristo, su fuente para nosotros, y *diferentemente* en nosotros a quienes se nos da. Ser cristiano (“creer” en el sentido del mensaje cristiano) es tener el Espíritu de Jesús y vivir en su Espíritu.

### ***El Espíritu Santo en los Sacramentos***

En nuestra celebración eucarística, invocamos al Espíritu Santo sobre los dones (epiclesis = invocación sobre...), seguida de la institución misma y luego de la oración de recuerdo (“anamnesis”) de la muerte y resurrección del Señor; ésta termina con la invocación del Espíritu Santo sobre la comunidad celebrante. En la parroquia San Pablo en Bruselas, siempre he cantado “Misterio de la fe” sólo después de este conjunto coherente, porque se refiere precisamente a este conjunto.

En la confirmación, según Tomás de Aquino, recibimos el Espíritu Santo para dar testimonio “como oficialmente [quasi ex officio]” de Cristo por la palabra. Es la consagración explícita al sacerdocio común de todos los creyentes. La consagración al ministerio en la Iglesia también se produce como una petición para que el Espíritu Santo lleve a cabo este ministerio nuestro .

El ministerio en la iglesia en relación con la congregación subraya que también la fe de todos juntos sigue “viniendo del oído” (Rom 10:17) y no debe ni puede ser reinventada.

Sobre la “infallibilidad” y la “asistencia del Espíritu Santo”: la fe cristiana sólo puede ser proclamada, por quien sea, con la pretensión de fiabilidad. Porque el mensaje cristiano es en sí mismo el acontecimiento de lo de que habla: la autocomunicación de Dios, y por tanto es “de por sí verdadera”. Es imposible que se produzcan afirmaciones que puedan entenderse como

autocomunicación de Dios y que, sin embargo, sean falsas. En la medida en que las Sagradas Escrituras proclaman la participación en el Espíritu de Jesús, son ellas mismas “inspiradas”, llenas de Espíritu. Según la Constitución sobre la Iglesia del Vaticano II n. 12,1 la “totalidad de los creyentes” no puede errar en la fe. El mensaje cristiano es reconocido como la verdadera “Palabra de Dios” sólo en la fe como el ser llenado de los creyentes por el Espíritu Santo en conexión con los demás, pero no se hace la Palabra de Dios por la fe de la Iglesia. Como “de por sí [ex sese]” verdaderas, en todo caso, según la definición del Vaticano I, no pueden ser sino tales declaraciones de que son inteligibles como autocomunicación de Dios. Son verdaderas de por su contenido y no necesitan todavía ser comparadas con una realidad fuera de ellas.

Y la palabra en la unción de los enfermos es: “Mediante esta santa unción, que el Señor en su amor y misericordia te ayude con la gracia del Espíritu Santo. Que el Señor que te libera del pecado te salve y te resucite.”

Los “frutos del Espíritu Santo” para nosotros son: “el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la bondad, la justicia, la fe, la mansedumbre, la moderación” (Gal 5,22s). Y: “Donde está el Espíritu del Señor, hay libertad” (2 Cor 3,17).